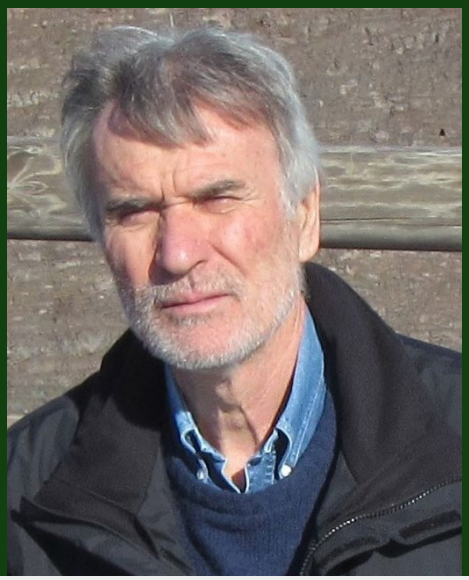
# Acerca del Origen de la Filosofía y los Filósofos

## A propósito del libro La vocación filosófica de Iván Jaksic



Ricardo López Pérez*

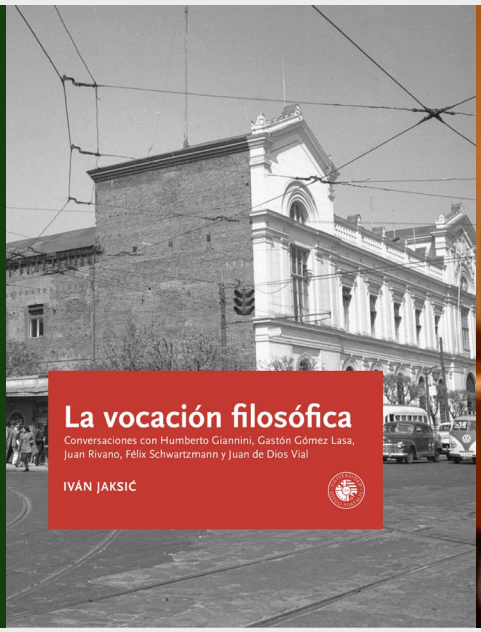
Martín Saavedra Campos**

### El origen de la filosofía y los filósofos

Desde antiguo se conoce una explicación sobre el origen de la filosofía, consagrada primero por Platón y luego por Aristóteles. Menos habitual es disponer de los antecedentes que explican una práctica filosófica concreta. No son muchos los filósofos que espontáneamente han dejado testimonio de los procesos ocultos tras sus reflexiones. Con claridad podemos pensar en Agustín o en Kierkegaard, y a su modo también en Descartes, pero no es una tendencia.

* Doctor en Filosofía, mención Epistemología de las Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Académico de la Universidad de Chile.

** Magíster en Filosofía de las Ciencias, USACH. Académico Universidad de Chile



Sobre esto último trata este libro de Iván Jaksic. A partir del concepto de "vocación filosófica", y acudiendo a la técnica de la entrevista, se propone un modo de comprensión respecto al recorrido que siguieron varios filósofos chilenos hasta alcanzar la condición que hoy se les reconoce. Una mirada sobre un núcleo existencial oculto que permite comprender, al menos en parte, los discursos o la enseñanza de una actividad intelectual frecuentemente abstracta y ardua. Se incluyen cinco entrevistas originales con Humberto Giannini, Gastón Gómez Lasa, Juan Rivano, Félix Schwartzmann y Juan de Dios Vial. Se agrega una entrevista a Jorge Millas.

Tempranamente Platón afirma que una característica distintiva del filósofo es el asombro. Veía en este hecho una clave importante para acercarse a la génesis de esta práctica. Del mismo modo, Aristóteles sostuvo que los primeros en filosofar, creadores de algunas teorías sobre el origen de la materia y el universo, actuaron movidos por el asombro despertado en ellos por el magnífico espectáculo de la naturaleza.

Asombro significa sin sombra, equivale a ver con una mirada limpia, directa, sin recubrimientos. Por extensión, un estado de agitación interior resultado de una extrañeza radical, muchas veces acompañada de gran energía, y seguido de movimientos de aproximación y de búsqueda. La experiencia del asombro evoca una conciencia del desconocimiento, y abre un espacio de perfeccionamiento. Es un estado propio de los niños, asociado medularmente con la filosofía.

Esto llevó a los primeros filósofos a formular preguntas y a desarrollar respuestas hasta ese momento inéditas. Enfrentados con su propia ignorancia se volcaron hacia el pensamiento, separándose de la tradición. En ese acto fundamental se negaron a observar el acontecer como la manifestación de relatos protagonizados por seres sobrenaturales, dioses y héroes, y renunciaron a repetir simplemente los relatos comunes. Cada uno elabora un razonamiento personal y comparece con su nombre, haciéndose responsable de lo que afirma. Sin esa energía básica, el espíritu humano no se hubiese desplegado como lo conocemos.

El paso del tiempo no ha logrado que el asombro pierda su potencial ni su reconocimiento. El poeta Goethe terminará ubicándolo en el máximo escalón de la experiencia humana, no sólo en conexión con la filosofía: "Lo más alto que el hombre puede alcanzar es el asombro, nada superior le puede ser dado, nada más allá puede buscar. Es el límite".

Se habla también de perplejidad, asociada a la duda, la confusión y la vacilación que tiende a

un estado momentáneo de inacción. Una condición dotada de cierta intensidad en la cual una persona es arrastrada fuera de su estado habitual de conciencia, debido especialmente a la perdida de certeza. En una dimensión positiva, representa muchas veces el umbral de una nueva forma de posicionarse o de reflexionar sobre sí mismo y el mundo. En los diálogos de Platón la perplejidad es un estado característico surgido como resultado del reconocimiento de ignorancia de Sócrates y sus interlocutores, luego que las preguntas del maestro han puesto en evidencia el falso saber.

El asombro y la perplejidad allanan el camino para la pregunta, en su sentido primero como sondear. Un momento originario del pensamiento en el intento por desarrollar nuevas ideas y conocimientos. Un paso a veces precario, y normalmente sin destino asegurado, pero siempre como un testimonio de una inquietud fundamental.

Para Humberto Giannini preguntar es una manera de vínculo elemental. El preguntar regularmente solicita la participación del otro, y por tanto equivale a un hablar para hacer hablar. De otro modo no hay diálogo. La pregunta desata procesos de búsqueda, caminos de reflexión y nuevos conocimientos. Un estudiante aprende mejor cuando enfrenta preguntas significativas que despiertan su interés. Complementariamente, formular preguntas es una condición de posibilidad para perfeccionar o cambiar estructuras de conocimiento y formas de pensar. Pueden ser preguntas descriptivas, de fácil respuesta, en las que sólo se busca averiguar un dato o información precisa; o preguntas de implicación o problematizadoras, que son las que desafían a la conciencia y consiguen abrir caminos al pensamiento.

Sin preguntas no habría filosofía, ni ciencia, ni arte, ni religión. Sócrates y Einstein, separados por muchos siglos, coinciden en reconocerla como el principal alimento de la inteligencia. Martín Heidegger ha llamado la atención respecto al hecho de que la forma fundamental del preguntar en occidente es herencia de la filosofía griega. Cada vez que se pregunta “qué es esto”, se plantea una inquietud originariamente griega, asumiendo que se puede atravesar la apariencia y penetrar en la esencia de las cosas.

Pero fue Nietzsche quien se atrevió a dar un paso más allá, con una interpretación radical. En el prólogo a la segunda edición de 1887 de su *Ciencia jovial*, escribe: “A los filósofos no nos está permitido establecer una separación entre el alma y el cuerpo, tal como lo hace el pueblo, y menos nos está permitido separar alma y espíritu. Nosotros no somos ranas pensantes ni aparatos de objetivación ni de registro, con las vísceras congeladas, continuamente tenemos que parir nuestros pensamientos desde nuestro dolor, y compartir maternalmente con ellos todo cuanto hay en nosotros de sangre, corazón, fuego, placer, tormento, conciencia, destino, fatalidad. Vivir significa, para nosotros, transformar continuamente todo lo que somos en luz y en llama, también todo lo que nos hiere: no *podemos* actuar de otra manera”, (según la traducción de José Jara. Universidad de Valparaíso, 2018).

Nada es casual: “…sólo el gran dolor es el último liberador del espíritu”. Cada pensamiento

tiene una raíz, cada texto traduce una vida. La filosofía es autobiográfica. De paso, este planteamiento desaloja la idea de una filosofía universal, un fondo común inevitable; una filosofía *perennnis* sostenida en la idea de una tradición única. Esto es, una filosofía que, al margen de oposiciones aparentes, tendría un núcleo esencial.

En un ensayo de 1913, con el título *Múltiple interés por el psicoanálisis*, Sigmund Freud ofrece su propia versión de esta interpretación; casi una paráfrasis del texto nietzscheano. Afirma que el psicoanálisis puede identificar las motivaciones subjetivas de las doctrinas filosóficas, pretendidamente surgidas de un trabajo lógico y neutro. Por cierto, el mismo Freud no consideró aplicar este esquema a su obra (de ello se ocuparon otros, como Erich Fromm y Michel Onfray).

En síntesis, se trata de posiciones que tienden a tensionar las ideas de objetividad, neutralidad o distancia. Una duda definida sobre la posibilidad de una reflexión únicamente asentada en la fuerza de la razón, sin atención a una existencia, a un contexto particular. Detrás de la obra filosófica hay una historia; ningún filósofo llegó al lugar que ocupa por un movimiento casual o simplemente determinado por circunstancias externas.

Como es un hecho que también podemos conocer el mundo remontándonos al origen de las palabras, no es inútil agregar una mención al étimo comprometido: "amor a la sabiduría". Sin vuelta, en el comienzo, desde siempre, hay un vínculo mayor, con independencia de las demandas de la lógica, algo más profundo: un respeto por la verdad, el reconocimiento de una cuestión constitutiva, no simplemente derivada.

## El origen de seis filósofos chilenos

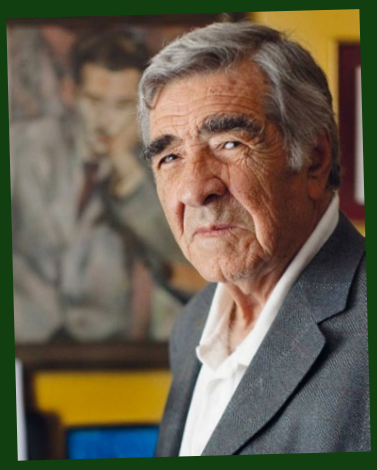
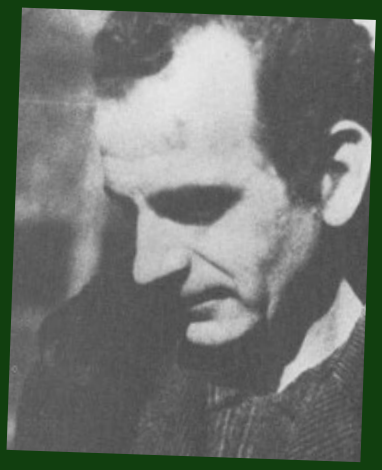
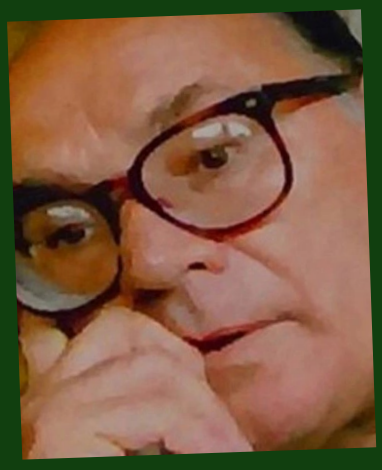
Iván Jaksic elabora un concepto de vocación filosófica, y a través de él se aproxima a una interpretación situada que vale para el caso de los seis filósofos mencionados. Todos ellos generacionales, ubicados en el escenario de la filosofía chilena desde la mitad del siglo XX. Con una excepción, nacidos en la década del 20, forman parte de lo que el autor llama "la edad dorada del profesionalismo filosófico" (pág. 15). Cabe preguntarse si el listado está completo; por supuesto, esto puede discutirse, pero con seguridad aquí no sobra nadie.

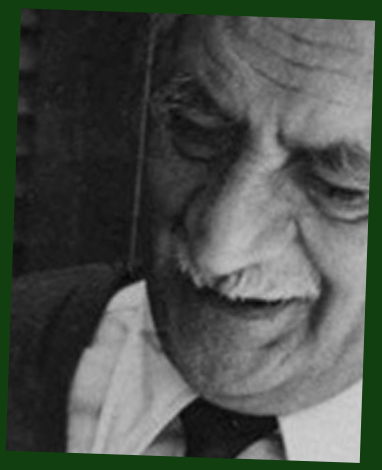
En interacción con los hallazgos que permiten las entrevistas, surge un concepto de vocación filosófica con tres elementos: "En primer lugar, que los filósofos poseían, antes de su contacto académico con la filosofía, una inclinación por la disciplina, un impulso vital hacia ella. En segundo lugar, que la manera en que estos filósofos llegaron a comprometerse con la filosofía explica en gran parte la temática y el enfoque principal de sus escritos. Finalmente, que no solo llegaron los filósofos a la filosofía a pesar de la especialización, sino que además plantearon su distancia y a veces una crítica frontal respecto de ella" (págs. 35-36).

La mirada está puesta en la trayectoria de estos autores, concentrados, cada uno a su modo, en problemas centrales de la filosofía; pero simultáneamente involucrados en las cambiantes complejidades de la vida universitaria y nacional. Sobre el fondo de los conceptos de universalismo, culturalismo y crítica, el libro aporta elementos para situar el recorrido intelectual de cada uno.

A juicio del autor surgen con claridad dos impulsos que abren el camino hacia la filosofía. Por un lado, una temprana inquietud, un desasosiego, una pasión por el saber, una curiosidad y una búsqueda; la necesidad de construir una conciencia y un sentido. Por otro lado, un momento fundamental de crisis, especialmente ligado al aprendizaje formal, que los empuja a buscar respuestas que no están disponibles en su entorno.

De este modo: "En ninguno de estos filósofos chilenos el interés por la filosofía surge, o al menos así lo declaran, como resultado de una formación rigurosa, ni de la mano de un especialista, en los temas de la tradición filosófica" (pág. 22). El interés por la disciplina en todos los casos no arranca en conexión con un proceso guiado, y ciertamente no como extensión de factores previstos.



La pregunta de Giannini es pertinente en toda su extensión y profundidad: "¿En qué sentido la vida de cada cual es un absoluto?" (pág. 25). Aun así, es fácil constatar en todos los casos una constante, un vínculo firme con la disciplina, con un carácter medular. Ninguno fue arrastrado por las circunstancias o dominado por algún cálculo. Todos son "irremediablemente filósofos", conforme a la expresión de Jorge Millas.

En algún instante de sus vidas, acaso sin saberlo con exactitud inicialmente, estaban en la filosofía; y de allí en adelante ya no había retorno posible. Juan Rivano los distingue con claridad: "Las ideas no son algo que se le ha ocurrido a alguien totalmente desvinculada de la situación en que se encuentra. Platón, Aristóteles, Descartes, Hume, Locke, Kant, estaban pensando en función de algo" (pág. 130). Sin embargo, al mismo tiempo, todos entran en la tradición larga de la filosofía. Observamos en sus juicios y opiniones una excepcional cultura filosófica. A juzgar por los distintos autores y textos que cada uno nombra, ligados a sus lecturas, dedicaciones y críticas, hay aquí un extraordinario respeto por la historia, por lo que otros han pensado antes.

En un sentido fuerte todos son, en parte, autodidactas. Un verdadero aprendizaje es en una medida fuerte inevitablemente autodidacta, porque resulta de un esfuerzo propio y de la participación de algún maestro. Formalmente, en su significado habitual, sólo Félix Schwartzmann es un ejemplo de autodidactismo, pero es preciso evitar la trampa del reduccionismo. Es efectivo que no obtuvo un diploma universitario; un mérito gigantesco, a la vista de todo lo que logró. Él mismo nos cuenta: "Yo leía y trabajaba todo el día. De modo que en mi formación no le debo nada a nadie" (pág. 52). Pero la frase esconde una paradoja; no podemos dejar pasar el hecho de que en cada libro leído había un maestro que generosamente, a través de la escritura, aportó a su formación.

Nadie puede estar en la filosofía sin alguna ayuda, y, por sobre todo, sin un gran esfuerzo

personal. Ambas cosas importan. Rivano destaca "la importancia de tener un maestro que le hable a uno" (pág. 125). Estos filósofos son un modelo de dedicación, de compromiso y de vocación, en una mezcla de determinación personal, originalidad y respeto por la tradición. En particular porque supieron vincularse con los grandes pensadores que desde siglos están disponibles para todos nosotros.

En otra dimensión, es interesante reparar que todos ellos entran a la filosofía y se desarrollan en ella de manera distintiva, sin perjuicio de una gran coincidencia. La filosofía es una manera particular de sentir, de pensar y de ubicarse en el mundo, así sea que la mirada preferente esté en el lenguaje, en el hombre, en la racionalidad, en la convivencia, el autoconocimiento, la política o en algún otro asunto.

Veamos. Juan de Dios Vial nos dice: "Un carácter propio del pensar filosófico es ser una disposición intelectual de máxima apertura. Nada le es extraño" (Pág. 119). La filosofía reclama un arraigo en lo concreto, como plantea Rivano, pero no deja de tener una orientación amplia, integradora, abierta, y un irrenunciable deseo de ir a la raíz de las cosas. Gastón Gómez Lasa insiste en que las condiciones del filosofar llevan a la crítica de las fronteras, y de forma señalada a romper los cercos que aíslan a las disciplinas. Jorge Millas enfatiza: "Filosofía es la experiencia intelectual de pensar no 'en' el límite, sino 'hacia' el límite" (pág. 140).

También Félix Schwartzmann aporta en esta dirección: "Es decir, hay una gran búsqueda de unidad. Mi propósito es superar la diferencia entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas, mostrar el trasfondo del sujeto que existe como supuesto de la historia. Trato de encontrar una teoría unificadora del saber a partir de lo que es el hombre" (pág. 62).

Todo lo anterior es perfectamente compatible con la actuación concreta en el mundo, y con un cambio efectivo. Millas agrega: "Todo pensamiento bien pensado es acción en potencia; toda acción responsable es inteligencia en movimiento" (pág. 143). Más todavía: "El espíritu es simplemente el grado de conciencia ética y de conocimiento que alcanza el hombre en cada momento frente a sí mismo y frente al mundo. Por ello, su efectiva existencia se identifica con su capacidad para ensanchar la experiencia y hacer posible la libertad del hombre" (págs. 153-54).

La filosofía es un tipo de pensamiento complejo, "un modo de vivir, un deseo de convivir", según la fórmula de Giannini (pág. 68), que ha evolucionado laboriosamente a lo largo de siglos en disputa permanente con las dicotomías cómodas, y las creencias infundadas. Este es un sentido medular de la filosofía.

Si existen filósofos chilenos, entonces existe la filosofía chilena. Claro está, pero con algunas precauciones. Ningún filósofo puede pensar si no conoce lo que han pensado otros filósofos, de modo que ninguna filosofía en la actualidad puede aspirar a una completa autarquía. Humberto Giannini, cuyo pensamiento ha sido reconocido por su sentido propio, afirma: "Aristóteles le da el lenguaje filosófico a Occidente. Si no se conoce el lenguaje de Aristóteles no se puede conocer la filosofía" (pág. 72). Gastón Gómez Lasa fue un gran traductor y especialista en Platón. Juan Rivano estudio a Hegel en profundidad y tradujo a Francis Bradley. Juan de Dios Vial tiene una obra ligada a Descartes, y así sucesivamente. Nada de lo anterior reduce el mérito de estos filósofos y su filosofía.

Al margen de estas conceptualizaciones y de estos comentarios, las entrevistas poseen una riqueza irreductible, que ofrece una variedad de matices que se prestan para numerosas discusiones y nuevos enfoques. Bien logradas, las distintas entrevistas abren valiosas posibilidades de comprensión especialmente para quienes han leído o conocieron a estos autores.

Iván Jaksic, con formación en historia y en filosofía, aporta con este texto una mirada que se encontraba algo ausente para acercarse a la filosofía chilena.